



Evangelio de este Domingo

Su rostro resplandecía como el sol

Lectura del santo evangelio según san Mateo 17, 1-9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta.

Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús:

-«Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía:

-«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.»

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo:

-«Levantaos, no temáis.»

Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: -«No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

Contenidos de la Hoja Semanal:

- **Evangelio:** San Mateo (17, 1-9)
- **Testimonio:** Padre José H. Palacio, el Ángel de los drogadictos
- **Magisterio:** CV II – DEI VERBUM (DV 12) La Sagrada Escritura
- **Tradición:** San Juan Crisóstomo (347 – 407)

JOSÉ HERNANDO PALACIO: El Ángel de los Drogadictos

Unos 200 abandonados, muchos de ellos jóvenes drogadictos, se reúnen en la casa **"El Buen Samaritano"**, donde se escucha la oración: *"Señor, te doy gracias por la comida que nos estás dando y por el padre Palacio y te pido que no me falten ni lo uno ni el otro"*.

Y es que en este albergue, situado en un barrio popular de Tuluá (Colombia) muchos reciben desayuno, almuerzo y comida de manos del padre Palacio. *"Dar comida al hambriento, dice el padre, es cumplir con un precepto de la Iglesia, es hacer la obra de la caridad"*. Y por eso les tiende la mano, les aconseja y les hace orar cada vez que van a comer, olvidando que algunos le han pagado mal y hasta le han robado. Pero no sólo drogadictos, en el albergue viven también 48 ancianos, la gran mayoría de ellos abandonados y olvidados por sus familias, *"En el anciano y el indigente hallamos a Dios escondido"*, dice el sacerdote. *"Es la gran herencia de mi madre Aleyda Marín"*, una mujer que fue capaz de criar y educar con una máquina de coser a sus 16 hijos.

El padre Palacio nació en agosto de 1950. A sus 12 años quedó huérfano de padre y desde entonces veía a su madre acostarse a las dos de la madrugada y levantarse a las cuatro o las cinco para seguir trabajando; así estudiaron todos y aprendieron que la vida es maravillosa, por dura y difícil que parezca. Doña Aleyda puso en el corazón de José Hernando la semilla de la caridad. Cuando murió, *"cumplimos su última voluntad: le pedimos a la gente que no trajera flores sino alimentos para repartirlos a los pobres del pueblo"*, explica el Padre.

A los 22 años, a punto de contraer matrimonio, José Hernando acogió la llamada de Dios. En 1979 fue ordenado sacerdote y su primera parroquia le fue asignada en el entonces tranquilo Urabá antioqueño. Después de servir en otras parroquias, fue a la parroquia de San Judas Tadeo en Tuluá. *"Estando en Tuluá, vi la necesidad de ayudar a toda esa gente que vive en las calles sin Dios, sin ley y sin amor. Entonces cogí mis ahorros de toda la vida e inicié la obra el 13 de agosto de 1998. Comenzamos con 13 ancianos, hoy viven 48 y hasta pensamos en ampliar la casa más adelante"*, relata.

Para el padre, autorizado por su obispo para dedicarse a tiempo completo al albergue, la casa **"El Buen Samaritano"** *"es una obra de la Iglesia y no de mi exclusividad"*. Actualmente diez jóvenes que quieren ser sacerdotes se turnan para cocinar, asear la casa, bañar, vestir y afeitarse a los ancianos.



C.V. II - DEI VERBUM (DV 12):

La interpretación de la Sagrada Escritura.

12. Habiendo, pues, hablado Dios en la Sagrada Escritura por hombres y a la manera humana, para que el intérprete de la Sagrada Escritura comprenda lo que El quiso comunicarnos, debe investigar con atención lo que pretendieron expresar realmente los hagiógrafos (*así es llamado el autor de los libros de la Santa Escritura o el biógrafo de los santos*) y plugo a Dios manifestar con las palabras de ellos.



Para descubrir la intención de los hagiógrafos, entre otras cosas hay que atender a "los géneros literarios". Puesto que la verdad se propone y se expresa de maneras diversas en los textos de diverso género: histórico, profético, poético o en otros géneros literarios. Conviene, además, que el intérprete investigue el sentido que intentó expresar y expresó el hagiógrafo en cada circunstancia según la condición de su tiempo y de su cultura, según los géneros literarios usados en su época. Pues para entender rectamente lo que el autor sagrado quiso afirmar en sus escritos, hay que atender cuidadosamente tanto a las formas nativas usadas de pensar, de hablar o de narrar vigentes en los tiempos del hagiógrafo, como a las que en aquella época solían usarse en el trato mutuo de los hombres.

Y como la Sagrada Escritura hay que leerla e interpretarla con el mismo Espíritu con que se escribió para sacar el sentido exacto de los textos sagrados, hay que atender no menos diligentemente al contenido y a la unidad de toda la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe. Es deber de los exegetas (*intérprete o expositor de la Sagrada Escritura*). trabajar según estas reglas para entender y exponer totalmente el sentido de la Sagrada Escritura, para que, como en un estudio previo, vaya madurando el juicio de la Iglesia. Porque todo lo que se refiere a la interpretación de la Sagrada Escritura, está sometido en última instancia a la Iglesia, que tiene el mandato y el ministerio divino de conservar y de interpretar la palabra de Dios.

San Juan Crisóstomo (347-407)

Obispo de Constantinopla, Doctor de la Iglesia y Patrón de los predicadores.

Nació en Antioquía hacia el año 349. Estudió retórica bajo Libanius y en el 374 comenzó una vida de anacoreta en las montañas. En el año 386 regresa a Antioquia, donde fue ordenado sacerdote. En el 397 fue elegido obispo de Constantinopla. Murió en Comana, El Ponto, el día 14 de septiembre del año 407.



Contribuyó en gran manera, por su palabra y escritos, al enriquecimiento de la doctrina cristiana, mereciendo el apelativo de Crisóstomo, es decir, «Boca de oro».

Hablando del signo y el poder de la Cruz, Pedro considera los sufrimientos y la muerte de Cristo, desde un punto de vista natural y humano, indignos para la gloria de Dios. Y Cristo, en esta escenificación que él hace en su homilía sobre el evangelio de san Mateo, le reprende y le dice: *«¡No! Los sufrimientos y la muerte no son indignos de mí. Unas ideas a ras de suelo entorpecen y extravían tu juicio. Aleja toda idea humana, escucha mis palabras consideradas desde el punto de vista de los designios de mi Padre y comprenderás que solo esta muerte es la que conviene a mi gloria. ¿Crees que sufrir es para mí una vergüenza? Debes saber que es la voluntad del diablo que yo no lleve a cabo de esta manera el plan de salvación»...«¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!»*

San Juan Crisóstomo, haciendo gala de su elocuencia, sigue con su discurso, en el que nos deja un panegírico sublime sobre el valor y la presencia de la Cruz en nuestra vida: *«Que a nadie se le suban los colores a la cara por los signos de nuestra salvación, tan dignos de veneración y adoración; la cruz de Cristo es fuente de todo bien. Es gracias a ella por la que vivimos, por la que somos regenerados y salvados. Llevemos, pues, la cruz como una corona de gloria. Ella pone su sello a todo lo que nos conduce a la salvación: cuando somos regenerados por las aguas del bautismo, ella está allí; cuando nos acercamos a la santa mesa para recibir el Cuerpo y la Sangre del Salvador, ella está allí; cuando imponemos las manos sobre los elegidos del Señor, ella está allí. Cualquiera cosa que hagamos, se levanta ella allí, signo de victoria para nosotros. Por eso la ponemos en nuestras casas, en nuestras paredes, en nuestras puertas; la trazamos sobre nuestra frente y nuestro pecho; la llevamos en nuestro corazón. Porque ella es el símbolo de nuestra redención y de nuestra liberación y de la infinita misericordia de nuestro Señor».*